

EL PRESIDENTE WILSON Y MÉXICO

Francisco CUEVAS CANCINO

ESTÁ DE MODA entre los historiadores norteamericanos escribir biografías que han dado en denominarse “fundamentales”, es decir, estudios exhaustivos de una figura histórica, hechos con la suficiente perspectiva y con un máximo acopio de materiales impresos y manuscritos. Resultado de sus labores son obras como la biografía de Lincoln por Sandburg, que merece la atención de los estudiosos en todo el orbe. Empresa análoga ha emprendido ahora el profesor Link, quien ha tomado como objeto de su estudio al presidente Woodrow Wilson. El segundo volumen de esta biografía* contiene múltiples aspectos de interés para los historiadores mexicanos. Comprende los años en que, alcanzado el poder, Wilson se enfrentó a problemas nacionales, puso a prueba la plataforma política con la que había sido electo e inició su meteórica carrera en asuntos internacionales. Con excelente acopio de materiales, con un estudio muy profundo de los hombres y de la época, la obra del profesor Link merece el más cumplido elogio.

A guisa de crítica general, permítasenos decir que la actual tendencia norteamericana echa en olvido los presupuestos clásicos, o sea que Clío era una musa; que escribir historia era modelar una obra de arte. La prosa del autor es a veces pedestre, a veces machacona y a veces francamente inferior a la persona y el material que maneja. Es lástima, como dijo en sus memorias Sommerset Maugham, que un historiador que ha empleado tanto tiempo y gastado tantos esfuerzos en dominar al hombre, con el período y los materiales adyacentes, no cuide más la forma de expresión. No en balde San Agustín decía que los buenos manjares deberían comerse en plato de oro para saborearlos plenamente.

* Arthur S. LINK, *Wilson: The New Freedom*. Vol. 2. Princeton University Press, Princeton, N. J., 1956.

Con todo, la figura de Wilson, tal como emerge de este segundo volumen del profesor Link, es extremadamente interesante. Observamos, y no sin sorpresa, la limitación de intereses y las pocas lecturas de Wilson, su preferencia por decisiones intuitivas más que razonadas y su filosofía fundada en el concepto de "liderato" como solución única de los problemas nacionales. En materias de política exterior, resalta su extremo afecto por lo secreto, su inclinación a ejercer un poder dictatorial, su aguda suspicacia y la falta de aprecio por los métodos diplomáticos ordinarios, además de una candidez que le fue congénita, lo cual es quizá más importante.

A estos rasgos personales se añaden prendas políticas dignas también de atención. El Presidente se revela, no como un hombre de inmutables principios, sino como un político quizá dúctil en extremo, que en materias de gran importancia —como la cuestión racial, o la defensa de los intereses sindicales, o el voto femenino— no tuvo empacho en sacrificar sus principios en beneficio de un entendimiento momentáneo. Su debilidad en las grandes ocasiones aparece también: en la gran controversia que hubo con el Japón a propósito de las discriminaciones que sufrieron los propietarios japoneses en California, Wilson se mostró timorato y despistado. No es, pues, extraño que al terminar los años que cubre este su segundo volumen, el profesor Link pueda señalar el abandono de muchas de las normas políticas que lo habían llevado al poder, su escisión con los progresistas y el abandono de la legislación antimonopolista.

El autor define con gran felicidad la diplomacia wilsoniana para con Latinoamérica; en sus líneas se hace patente la contradicción entre los anhelos de buen entendimiento y hermandad y las duras exigencias de una política realista que imponía la protección del Canal de Panamá a cualquier costo. Además, y en forma un tanto velada, se columbra una nueva diplomacia del dólar: no ya la protección exagerada de los intereses nacionales en otros países, sino la juiciosa concesión de empréstitos a países centroamericanos a cambio de concesiones políticas.

Los capítulos que se refieren a la actuación de Wilson con respecto a México son ciertamente de la mayor importancia. El autor dedica al asunto setenta páginas (347 a 416); en ellas describe con gran acuciosidad, y haciendo gala del excelente acopio de materiales que antes hemos elogiado, el desarrollo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. De paso, cabe hacer notar que el profesor Link tomó debidamente en cuenta el informe de Hale que, como documento raro, fue publicado en el número 23 de HISTORIA MEXICANA.

El autor define —y muy bien— el sentimiento de injuria moral que recibió Wilson al saber del golpe de estado huertista, y deja bien explicado el problema de cómo sustituir al embajador Wilson sin reconocer al nuevo régimen. En el curso de la narración, el lector adquiere el convencimiento de que actuaba en Washington un presidente voluntarioso, arbitrario, deseoso de lucimiento personal y que a cada paso intervenía contrariando la opinión de sus más connotados consejeros, entre los cuales merece individualizarse John Basett Moore.

La oposición a Huerta tuvo varios aspectos, todos ellos igualmente interesantes. De un lado, y al leer el texto de algunas de sus comunicaciones, parecería que el presidente Wilson se comparaba a San Jorge enfrentándose a un dragón de nueva especie. Del otro lado resalta su oposición a los intereses británicos que por la influencia de alguno de sus enviados (Lind) llegó a exacerbarse, resolviéndose en la más completa aceptación la primacía norteamericana para las controversias pendientes con México. La famosa política de "atenta espera" no parece haber sido sino una solución a la que recurrió Wilson en los casos en que su intervención no podía ser tan activa, o en este caso particular, en que esperaba lograr el derrocamiento de Huerta por métodos que no fueran bélicos. Pero la idea de intervención, de convertirse en árbitro de los destinos de México, ocurre una y otra vez, y sólo así se explica la aventura de Veracruz, muy bien descrita por el profesor Link. Incluso aporta el autor magníficos argumentos que hacen ver que Wilson obró con falta de honradez hacia el Senado para encubrir su agresión; no sólo le

faltaron justificantes, sino que puede afirmarse que desató las hostilidades en contra de México por mero desatino. La alteza de miras con que los representantes mexicanos en esa época procedieron resalta una vez y otra en el volumen que ahora analizamos. Don Luis Cabrera y don Federico Gamboa, para no hablar de la egregia convicción de don Venustiano, defendieron con dignidad la soberanía de México y su derecho a determinar su propio destino.

Para los mexicanos interesados en esta época revolucionaria, y con mayor razón para sus historiadores, la obra de Link constituye indispensable síntesis. De allí que se espere con interés el siguiente volumen, en el que habrán de ser narrados los subsecuentes esfuerzos de Wilson para dominar las fuerzas victoriosas de la Revolución mexicana.